Ricardo Rojas y su duende obrero

(Envío del autor)

Quebraba su paso cierto empaque de estatua. Había que entrar por la puerta grande, atravesar el jardín, sentarse a escucharle en una de las salitas de recibo junto a tejidos indígenas y muebles coloniales, seguirle en la conversación evocadora de amigos muertos —Emilio Becher seguía viviendo en su palabra—, pedirle memorias y aceptarle alguna moraleja. Esa era manera de saberlo, recién entonces, dotado de una extraña vitalidad afectiva, cuya luz se reflejaba inmediatamente en unos ojos traviesos de muchachón provinciano que lo era de provincia norteña, india y española. Sus ojos —las estatuas no los tienen de ninguna forma— se encargaban de entregarnos la versión íntima de este varón de apariencias estereotipadas, de ropas oscuras, como enlutado a perpetuidad, de silueta finisecular como para ser grabadas en postales rememorativas. Lo que estaba más a la vista no era, precisamente, él. Don Ricardo, era el otro, el de la conversación —¿cazurra?—, el de esa lucecita atrevida, generalmente intencionada que chispeaba en sus ojos, el habitado por un duende jovial, cargado de generosas espontaneidades y abundantes energías, iluminado por un excelente buen humor de hombre feliz y, además, incapaz —esto es lo importante, lo sorprendente—, de afectación y retórica. Ese duende era —para más señas— un duende obrero.

Para el "Repertorio Americano" homenaje de Ricardo Rojas 1957

Estoy diciendo tal como me acerqué a él, por vez primera, a su llamado. Le había alcanzado algún desafecto que con respecto a su estilo —el de su generación— escribiéramos en «Cuadernos Americanos», en nombre de una disidencia generacionista. Nuestra generación de época de crisis —tal el cargo— no podía entenderse con el lenguaje resonante, abundoso, formal de la generación de él. ¿Nos había llamado para el reproche, para devolvernos el cargo, para reprendernos desde ese empaque de estatua con que, desde la distancia, se le veía y no había, acaso, otra manera de verle? El llamado era para la comprensión

—Si yo estuviera en el lugar de ustedes —nos dijo—, es posible que escribiera eso mismo sobre la generación a la que yo pertenezco, y acaso escribiría lo mismo que usted escribió sobre Ricardo Rojas.

Cada voz a su hora. Cada estilo a su tiempo. Lo valedero es la cuota de labor. Es participar con plenitud de esfuerzos. Es cubrir su hora, su tiempo. Don Ricardo Rojas tenía anotada a su favor la alegría del trabajo. Y esa alegría era parte de su mensaje para los nuevos. ¿Reñir a los que en algo le niegan? No. Mostrarles su alegría y explicar los porqué de sus pasos, las condiciones en que debió trabajar, los signos de la época que lo penetraron y se expresaron con él, los conflictos de su generación, los mojones que la limitaban, las ambiciones que la trascendían. En definitiva, un acta de su aventura. Cuando ella comienza, él es muchacho de provincia histórica en ciudad cosmopolita. Diarias jornadas de lecturas de historia de la civilización en la Biblioteca Nacional: registrar todos los tiempos del hombre. Después, el problema de la vocación: ¿abogado? Refiere las vacilaciones de un compañero: Mario Bravo. Tenía el diploma debajo del brazo y le confesaba, rondando las calles inmediatas al antiguo edificio de la Facultad, sus vacilaciones. El destino del hombre en la conciencia del hombre. ¿A qué servir? ¿Leyes y letras pueden ir juntas? Don Ricardo las desglosó e hizo capítulo definitivo con las últimas, que fueron sus primeras. Y comenzó la ofrenda. El trabajo será, desde entonces, verbo único. ¿Deporte? ¿Fiesta? El trabajo es fiesta y deporte. Trabaja sin método intelectual. Le es suficiente la serena perspectiva de su obra, la clara noción —las guías— de su conjunto, con protagonista principal: el país. Como el trabajo es aventura vital, no hay horarios. La buena memoria hace innecesaria la papeleta. Hay jornadas de gabinete. Pero, en cuanto puede, se escapa de la ciudad y compone un libro en un monte andino, otro debajo de un algarrobo santiagueño, otro en una quinta suburbana. «¿Ve estos estantes?». Nos indica un mueble giratorio de cuatro caras. «Mi obra». Ediciones y reediciones. ¿Se siente estatua, precisamente, en este momento en que nos rinde cuenta de su inmensa cuota de labor? Pero, haber trabajado es haber aprehendido al mundo, y una vez aprehendido hay que seguir dándole pacto y trato de trabajo mayor. «Ahora, por las mañanas, escribo las memorias». En todo caso, estatua que tiembla, que revive, que se ha dejado dos ojos jubilosos de inocencia y picardía, más que para poder leer textos —en ello enceguecían— para comunicar a su duende obrero con las cosas cordiales y vitales que integran su fiesta y su deporte. La comunicación se deshizo. El duende obrero debió haber tenido —indudablemente— muerte alegre de aventura cumplida.

Dardo CUNEO

Buenos Aires, Argentina,
agosto de 1957.

Agencia del
Repertorio Americano
en Londres
B. F. Stevens & Brown, Ltda.
New Ruskin House,
28-30 Little Rusell Street, W. C1
London, England

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "